

Palimpsesto

Isabel Hernández Gomariz

Quién lo diría.

Han pasado casi veinte años y las calles que llevo tiempo evitando siguen exactamente igual. El empedrado, irregular, obliga a los peatones a debatirse entre la necesidad de mirar al suelo y el deseo de no perderse ni un detalle de lo que pueden ver a su alrededor. Igual que entonces. Las fachadas asimétricas, las gruesas puertas de madera, las ventanas medio ocultas tras las rejas y celosías de madera... todo son estímulos para su atención. Incluso yo, que tantas veces dibujé el mismo recorrido, día tras día, me sorprendo observándolo todo como si fuera la primera vez. Y en cierto modo lo es.

Fueron cinco años los que pasé entre esas calles, y aún hoy recuerdo el temor con el que las crucé por primera vez. Frente a mí se abría una nueva etapa de mi vida, que presentaba todo un abanico de posibilidades, sí, pero que a la vez me horrorizaba. Yo, que apenas había salido del pueblo, no iba a ser capaz de adaptarme a aquello. Lo sabía. Aún no había llegado y ya deseaba que la universidad acabara pronto. No iba a entablar amistad con nadie; el resto de mis compañeros estarían mucho mejor formados que yo, y sería el hazmerreír de la clase. Ser invisible para los demás se me antojaba la opción más deseable.

Me aparto a un lado para permitir el paso de un coche de caballos por la callejuela. Algunos turistas lo observan con sorpresa, convencidos de que va a ser imposible que complete su recorrido debido a la estrechez. El cochero, con una sonrisa socarrona, adorna algunas anécdotas para los atónitos pasajeros que, cámara en mano, ni se acuerdan de parpadear. No puedo evitar sentir un pinchazo de envidia ante esa mirada curiosa que yo también tuve un día, y que se perdió bajo la pátina de la rutina.

Lo cierto es que aquella etapa pasó mucho más rápido de lo que jamás habría imaginado. Mentiría si dijera que fueron años fáciles, pero he de reconocer que los recuerdo con cariño. Al margen de todo el esfuerzo que supuso, añoro muchas cosas. Probablemente, las que menos valoraba entonces. Las amistades, por supuesto. El primer acercamiento a ideas que me cambiarían para siempre. Pero, sobre todo, echo en falta sentirme como me sentía entonces, cuando me creía capaz de todo. Esa falsa sensación de creer controlar quién era y, sobre todo, en quién me quería convertir. Supongo que a ciertas edades nos sentimos capaces de comernos el mundo, y sólo cuando es demasiado tarde nos damos cuenta de que es el mundo el que nos ha devorado a nosotros.

Al llegar a la plaza de la entrada principal –he pasado de largo deliberadamente ante la entrada secundaria, más moderna, pero a la que nunca llegué a considerar como digna de aquella Facultad-, me siento tentada a seguir adelante, como si aquello

no fuera conmigo, y a diluirme entre la marabunta de viandantes que inundan el casco histórico a estas horas. Igual que la primera vez. Pero sé que, como entonces, es inútil.

Atravieso la entrada del edificio y de nuevo vuelvo a ser la alumna aterrorizada de primero. A la mierda el mantra de autoconvencimiento que no dejo de repetirme; fuera la fachada de fortaleza que he construido este tiempo. Estas piedras vuelven a desnudarme por completo.

Intento no cruzar la mirada con nadie por miedo a encontrarme con algún rostro conocido. Podría hacer este recorrido con los ojos cerrados: primer pasillo a la izquierda, cruzo el pequeño patio y subo las estrechas escaleras sobre la antigua botica; tomo el pasillo de la izquierda, y ahí está. La primera vez no es nada fácil de encontrar, pero me lo conozco a la perfección. Como si nunca hubiera dejado de trazar el mismo recorrido día tras día. Como entonces. Con una pequeña diferencia, eso sí: ahora el esfuerzo de la subida se refleja en mi respiración sofocada. La maldita falta de costumbre y el dichoso ascensor del piso. A partir de mañana uso las escaleras del bloque. O a partir del lunes.

Miro el reloj; aún faltan diez minutos para la hora en punto. Lo más probable es que las aulas todavía estén vacías. Eso me deja algo de margen para entrar a la habitación con un poco de privacidad, sin que nadie me vea. Las luces están apagadas, y la única claridad que entra en la habitación lo hace a través de una ventana entreabierta al fondo.

Está tan oscuro que, hasta que mis pupilas no se acomodan a la penumbra no me percato de que hay alguien más en la habitación. Una pequeña figura sentada en la cuarta fila, que me mira con los mismos ojos con los que yo miraba entonces. Por un segundo quiero volver a estar ahí. Desconcertada, como un niño pequeño al que acaban de descubrir haciendo una travesura, me siento tentada de salir huyendo. Pero la entrada de una segunda persona me devuelve a la realidad. Ahora sí que no hay vuelta atrás.

Subo el pequeño escalón que se sitúa en la parte frontal del aula, reducto de una época que, como yo, quedó muy atrás, y me permito el capricho de tomar aire durante un segundo, justo antes de volverme hacia mi escasa audiencia.

Buenos días, y bienvenidos. Voy a ser vuestra profesora este cuatrimestre.

Quién lo diría.